

gresista y salvadora revolución. Allí estaba entre los reformistas el valiente General Ramón Corona, hijo de Jalisco y algunos coterráneos suyos. Donato Guerra, amigo personal de todos y en comunión política con ellos, moderaba con sus recursos pecuniarios las frecuentes escaseces que sufrían, y los acompañaba en la pelea, siempre que algún combate importante se libraba. La guerra de tres años, como en la historia patria se conoce, la evolución social que hirió de muerte el fanatismo religioso, terminó con el triunfo completo de la Reforma política y social que proclamaba; y cuando en la República todo volvía á la tranquilidad y se entraba de lleno al orden constitucional, en la Sierra de Alica, Tepic, Lozada mantenía la chispa revolucionaria en el sentido de la ya imposible reacción clerical. Y si bien es cierto que no era la idea política lo que impulsaba al cacique indio á sostener su condición rebelde, lo es también que aquel foco de sustraídos á la obediencia del Gobierno existía y que la lucha no cesaba. Donato Guerra, comerciante y batallador sin dependencia oficial alguna, se mantuvo también en su puesto y en él estaba cuando la invasión francesa del año de 1862 hizo levantar en armas á todos los patriotas. Entonces sí, el combatiente de afición, se lanzó por entero á la defensa nacional. Reuniendo los escasos recursos que le quedaban, equipó una pequeña fuerza y presentándose con ella al General Corona, Jefe Militar del Oeste, tomó en las filas republicanas el lugar que le correspondía como patriota y como valiente. En su nueva carrera pronto se hizo notar el Comandante Guerra, pues si en el comercio había revelado aptitudes, en las armas sobresalió: estaba allí en el medio más apropiado á su naturaleza; las fatigas de la ruda campaña que desde su ingreso al ejército emprendió, lejos de quebrantarle avivaban sus ímpetus guerreros; aquel soldado que no procedía de un plantel científico sino que surgió de una de tantas oleadas de patriotismo que levantó en el mar democrático el huracán intervencionista, era estratégico por natural organización, como por dón natural fué poeta Víctor Hugo.

Los hechos de armas librados por los mantenedores de la independencia nacional en Sinaloa, Tepic y Jalisco durante la intervención francesa y el llamado Gobierno del Imperio, justifican el valor indomable de Guerra, su pericia y su disciplina; pero los que le pertenecen, los que fueron suyos, hijos de su genio, corresponden á época más cercana. Ellos, los hechos de armas por él preparados y por él resueltos, ya se relacionan con nuestras internas convulsiones; y tanto la actividad y precisión en las operaciones militares, como su amor al orden y su respeto al principio de autoridad, de que tan buenas muestras diera, lo acreditaron como hombre de mando, militar experto y administrador honrado. Es de lamentarse que tales aptitudes se hicieran sentir en nuestras contiendas interiores; pero el natural desarrollo de las dotes del joven General, tenía que relacionarse con el medio en que las aplicaba y el medio le impuso el deber de combatir en guerra fratricida.

Vencidas las tropas imperialistas en la Coronilla, Jalisco, en 18 de Diciembre de 1866, la vanguardia de las fuerzas republicanas ocupó la ciudad de Guadalajara; y en ella quedó como Gobernador y Comandante Militar del Estado el entonces Coronel Donato Guerra, cuando el Ejército de Occidente á que pertenecía marchó al sitio de Querétaro mandado por su valiente Jefe, el C. General Ramón Corona. En esa gestión administrativa, que fué la primera de importancia que tuvo á su cargo el ciudadano Guerra, nada hubo que reprochar en materias de aptitud y honradez. No obstante encontrarse convaleciente de una herida que recibió en la batalla de la Coronilla, la actividad del Gobernador provisional se dejó sentir y nadie tuvo para él, cuando sus deberes militares lo llevaron á otra parte, más que recuerdos gratos y sentimientos de adhesión.

Concluida la guerra extranjera y restaurada la República, el Supremo Gobierno premió los servicios del Coronel Guerra con el grado de General, y con la confianza ilimitada que en él depositó; pues nunca fué obstáculo su categoría relativamente subalterna para encargarlo, como

varias veces lo encargó, del mando accidental de la cuarta División, á que pertenecía como Jefe nato de un Regimiento.

En cuantos puestos públicos ocupó, de importancia siempre, este soldado modelo satisfizo á sus jefes y conquistó el cariño de sus subalternos. Caballero por organización, fué bravo en la pelea, magnánimo en la victoria y abnegado en la derrota. Hombre recto y de intención sana, creía en la libertad y en la democracia, como creía en Dios; esto es, como en el principio de todo bien: pero lejos del fanatismo toleraba creencias ajenas sin repugnancia y trataba á sus contradictores con la benevolencia del hombre superior, lo mismo en política que en religión.

Sólo en un punto fué intransigente: en cuestiones de honor. Carácter acabado, perfecto, no vacilaba en resignar el poder que se le confiaba, si en su concepto mantenerlo importaba falta á la lealtad ó abuso de posición. Y en cuanto á modestia y desinterés, basta decir que nunca aceptó otra categoría en el Ejército que la de General Coronel, por más que fuera omnímodo en el mando, ni percibió nunca paga mayor que la acordada á la posición militar que aceptaba.

Con esas condiciones de ciudadano y soldado, no es extraño que el Gobierno Supremo le haya concedido después de muerto el rango superior en el Ejército ascendiendo á General de División, ni que le decrete honores extraordinarios de ultratumba. Tampoco lo es que su Estado natal enviara su estatua en bronce á la Calzada de la Reforma en esta capital, para perpetuar su memoria á través de las edades.

Pocos, ningunos seguramente de los que tuvimos la buena suerte de servir á las órdenes de tan ameritado jefe, encontrarán excesivos los honores que se le tributan.

El General Ignacio María Escudero en Sinaloa; el General Orellana Noguera en León; el General Juan A. Hernández en Chihuahua; el General Leopoldo Romano en Tepic; yo en Jalisco, bendecimos al Gobierno benevolente que recoje los restos mortales del hombre que consi-

deramos merecedor hasta del apoteosis, para darles asiento entre los de los magnates, los próceres y los héroes.

No es fuera de ocasión referir aquí la conducta noble del actual Presidente de la República, Sr. Gral. Díaz, para con las dos hijas huérfanas de su infortunado compañero y amigo predilecto. Tan pronto como en esta capital estuvo investido del mando supremo el año de 1877, tomó en cuenta el desamparo de las señoritas Guerra y las acordó una pensión de tres mil pesos por año, que disfrutaron hasta el matrimonio de una y hasta la muerte de la otra. Bien sabe el Señor Presidente la necesidad de amparo que tienen los deudos de los militares honrados que mueren en campaña, y por eso atendió á las hijas del malogrado General, desde el primer momento en que pudo hacerlo.

¡Honor y gloria para quien hace justicia á los buenos!

¡Llor eterno á quien prodiga consuelos á la orfandad desvalida!

Y tú, soldado impetuoso, ciudadano de conciencia de armíño, caballero intachable, padre tierno é infortunado. duermes en el tranquilo sueño del justo, seguro de que los amigos que te lloran sabrán inspirarse, para ser buenos servidores de la patria, en tu santo ejemplo. Vas á desaparecer de nuestros ojos, entrando segunda vez al sepulcro, pero tu recuerdo nos quedará para alimentar en nuestros corazones los sentimientos de cariño y gratitud que allí anidan.

¡Héroe de la libertad, bendito seas!

¡Mártir de la idea, descansa en paz!

Concluyó el orador y entonces se inhumaron los restos. Eran las 12 y 10 minutos de la mañana.

Cuando la última paletada de tierra cayó, el Señor Presidente, sus Ministros y algunas otras personas, depositaron coronas sobre la tumba.

Tuvimos ocasión de ver, además de las coronas que mencionamos en el número anterior, dos primorosas, de flores de porcelana con lazos negros, del Estado de Durango, y otra de flores naturales con lazos blancos, del Sr. General Luís E. Torres.